

LA NOCHE DE LOS MUERTOS VIVIENTES



1

Piensa en toda esa gente que ha vivido y ha muerto y que nunca volverá a ver los árboles, la hierba y el sol.

Todo parece tan breve, tan... carente de valor... ¿No es cierto? Vivir un tiempo y después morir... Todo queda reducido a tan poca cosa...

Y pese a todo, en cierto modo resulta fácil envidiar a los muertos.

Ellos están más allá de la vida y más allá de la muerte.

Tienen suerte de estar muertos, de haber pasado la muerte y no tener que vivir más. De estar bajo tierra, despreocupados..., despreocupados del dolor, del temor a morir.

Ya no tienen que vivir más. Ni tienen que morir más. Ni sentir dolor. Ni hacer nada. Ni preguntarse qué más hacer. Ni preguntarse cómo será tener que pasar el trance de la muerte.

¿Por qué la vida parece tan desagradable y hermosa, tan triste e importante mientras uno la vive, y tan trivial cuando termina?

La vida late durante un tiempo y luego se apaga, y las tumbas aguardan pacientemente el momento de ser ocupadas, y el final de toda vida es la muerte. La nueva vida canta feliz bajo la brisa y no sabe nada ni se preocupa lo más mínimo de las vidas anteriores, pero a su vez también aquélla muere.

La vida es un constante avanzar hacia la tumba. Los seres viven y luego mueren; a veces viven bien y a veces viven mal, pero siempre acaban por morir, y la muerte es lo único que reduce a todos los seres a un denominador común.

¿Qué lleva a las personas a temer tanto a la muerte?
No el dolor.
No siempre.
La muerte puede ser instantánea y casi indolora.
La propia muerte supone el final del dolor.
Entonces ¿por qué las personas temen morir?
¿Qué podríamos aprender de los muertos si éstos tuvieran los medios para regresar a nosotros?
¿Si volvieran de la muerte?
¿Serían amigos? ¿O enemigos?
¿Podríamos enfrentarnos a ellos, nosotros que..., nosotros que jamás hemos vencido nuestro temor a afrontar la muerte?

Al anochecer divisaron por fin la pequeña iglesia. Estaba apartada de la carretera, semioculta entre una arboleda de arces. Si no la hubiesen encontrado antes de que cayera la oscuridad, probablemente les habría resultado imposible localizarla.

El objetivo de su viaje era el cementerio situado tras la iglesia. Llevaban casi dos horas buscándola, y en ese tiempo habían recorrido una tras otra las interminables carreteras rurales de la zona, llenas de curvas y de rodadas tan profundas que rozaban el fondo del coche, obligándoles a una marcha de apenas veinticinco kilómetros por hora, atentos al ruido entrecortado y enervante de la grava contra los guardabarros, y levantando tras ellos un remolino de polvo amarillo y caliente.

Habían viajado hasta allí para colocar una corona de flores en la tumba de su padre.

Johnny aparcó el coche junto a la carretera, al pie de un terraplén cubierto de hierba, mientras su hermana, Barbara, le dirigía una mirada y exhalaba un suspiro que pretendía reflejar una mezcla de cansancio y de alivio.

Johnny no dijo nada. Se limitó a aflojar un poco más el

nudo de su corbata con gesto enfadado y a fijar la mirada en el parabrisas, que estaba casi opaco de polvo.

Todavía no había apagado el motor, y Barbara adivinó inmediatamente por qué. Johnny deseaba hacerle sufrir un rato más el calor del coche, dejar bien claro que él no había querido hacer aquel viaje y que la consideraba responsable de aquellas incomodidades. Estaba cansado, disgustado y malhumorado, y ahora se mantenía en un silencio helado, aunque durante las dos horas que habían permanecido perdidos había descargado sobre ella su furia y su resentimiento, burlándose de ella continuamente y mostrándose lo menos animado que había podido, mientras el coche se bamboleaba sobre las rodadas y él se esforzaba en reprimir el impulso de pisar a fondo el pedal del acelerador.

Johnny tenía veintiséis años y Barbara sólo diecinueve, pero la muchacha era en muchos aspectos más madura que él, y durante los años que habían pasado creciendo juntos había aprendido perfectamente a afrontar sus cambios de humor.

Barbara se limitó a apearse del coche sin decir palabra y dejó a Johnny mirando fijamente por el parabrisas.

De repente, la radio, que estaba encendida pero no funcionaba, barbotó unas cuantas palabras que Johnny no alcanzó a entender y volvió a enmudecer. Johnny miró el aparato, se inclinó hacia él e hizo girar frenéticamente el botón del dial a un lado y a otro, pero no pudo sacarle una palabra más. Pensó que era extraño, y tan perturbador, frustrante y atormentador como todo lo que le había sucedido en aquel día totalmente aciago. Sintió que le hervía la sangre. Si la radio no funcionaba, ¿por qué se ponía a farfullar unas palabras de vez en cuando? O funcionaba o estaba estropeada, pero no se entendía que se oyera a veces, y otras no.

Golpeó la radio unas cuantas veces más y giró de nuevo el botón del dial. Le parecía haber detectado la palabra «emer-

gencia» en el barullo de medias palabras surgido entre el crepitar de la electricidad estática. Sin embargo, los golpes no surtieron efecto. La radio permaneció en silencio.

—¡Maldita sea! —dijo Johnny en voz alta, al tiempo que quitaba la llave del contacto y se la ponía en el bolsillo.

Bajó del coche y cerró la puerta de un golpe.

Echó una mirada alrededor buscando a Barbara. Recordó entonces la corona de flores que habían traído para colocarla en la tumba de su padre y abrió el portamaletas para sacarla. Iba envuelta en una bolsa de papel marrón, y se la puso bajo el brazo mientras cerraba el portamaletas con gesto irritado. Volvió a buscar con la mirada a Barbara y experimentó un renovado estallido de ira al observar que su hermana no se había molestado en esperarle.

Barbara había subido el terraplén para contemplar la iglesia, que se levantaba en una hondonada entre los árboles, en una zona talada para erigirla en medio del bosque que la rodeaba.

Johnny ascendió también el terraplén cubierto de hierba con paso calmado para no llenarse de barro los zapatos y llegó junto a ella.

—Es una iglesia muy bonita —dijo la muchacha—. Con los árboles y todo. Es un sitio maravilloso.

Era una típica iglesia rural; una estructura de madera pintada de blanco con un campanario rojo y unos ventanales con vidrieras altas, estrechas y antiguas.

—Hagamos lo que hemos venido a hacer y pongámonos rápidamente en camino —dijo Johnny con aire descontento—. Ya es casi de noche y nos quedan tres horas de viaje para llegar a casa.

Ella se encogió de hombros para mostrar su desagrado y Johnny la siguió junto a la pared lateral de la iglesia.

No había verja ni césped. Sólo un puñado de tumbas que se levantaban entre la alta hierba, bajo los árboles, donde

unas cuantas hojas muertas esparcidas por el suelo crujiéron bajo sus pies al avanzar. Las tumbas empezaban a surgir entre la hierba apenas a unos pasos de la iglesia y se extendían, entre árboles y hojas, hacia el linde del bosque.

Las tumbas variaban de tamaño, desde las más pequeñas, que sólo tenían una piedra para identificar al difunto, hasta algunos monumentos funerarios de diseño muy elaborado, algún crucifijo franciscano aquí y allá, alguna imagen esculpida o un ángel en actitud orante. Las tumbas más antiguas, en mal estado y grises y marrones por el paso del tiempo, casi no parecían tales, sino más bien piedras del bosque, borrosas bajo el silencio y la oscuridad que se cernían sobre la pequeña iglesia.

El cielo gris mostraba el mortecino resplandor del sol, que acababa de ponerse, y los árboles y largas hierbas parecían brillar tenuemente bajo la noche, que iba cerrándose sobre ellos. Y por encima de todo ello reinaba un apacible silencio, realzado más que perturbado por el constante chirriar de los grillos y por el rumor de las hojas muertas que se arremolinaban bajo el ocasional soplo de la brisa.

Johnny se detuvo y observó a Barbara avanzar entre las tumbas. La muchacha caminaba lentamente, con cuidado para no tropezar en alguna tumba y buscando la que pertenecía a su padre. Johnny intuyó que la idea de estar en un cementerio después de anochecer había atemorizado a su hermana, y tal pensamiento le divirtió porque todavía se sentía irritado con ella y deseaba hacerla sufrir un poco por haberle obligado a recorrer trescientos kilómetros para poner una corona de flores en una tumba, un acto que él consideraba estúpido y sin sentido.

—¿Recuerdas en qué fila está? —preguntó Barbara esperanzadamente.

Sin embargo, Johnny no se preocupó en contestarle. Al contrario, sonrió para sí y se limitó a mirar. La muchacha

siguió avanzando de losa en losa, deteniéndose ante aquellas que le resultaban vagamente familiares el tiempo justo de leer el nombre del difunto. Barbara recordaba el aspecto de la tumba de su padre y también se acordaba de algunos nombres de las personas enterradas junto a él. Sin embargo, bajo la creciente oscuridad le resultaba difícil localizarla.

—Creo que me he equivocado de fila —reconoció por fin.

—Por aquí no hay nadie —dijo Johnny, haciendo hincapié a propósito en la soledad en que se hallaban. Después añadió—: Si no estuviera tan oscuro la encontraríamos sin ningún problema.

—Bueno, si te hubieras levantado más temprano... —contestó Barbara, dejando la frase a medio terminar mientras se trasladaba a la siguiente fila de tumbas.

—Es la última vez que echo a perder un domingo por una cosa así —murmuró Johnny—. O trasladamos a mamá más cerca de aquí, o trasladamos la tumba más cerca de casa.

—A veces creo que te quejas sólo para oír tus propias palabras —replicó Barbara—. Además, ya sabes que estás diciendo tonterías. Mamá está demasiado enferma para hacer un viaje como éste por su cuenta.

De pronto, Johnny localizó una losa familiar. La observó con atención, reconoció que era la de su padre y pensó en no decírselo a Barbara para hacerla buscar un rato más. Sin embargo, las ganas de emprender el viaje de regreso se impusieron a sus deseos de atormentarla.

—Creo que está por aquí —dijo en tono aburrido e indiferente.

Después se quedó mirando mientras Barbara se aproximaba para comprobarlo, atenta a no pisar ninguna losa en su avance.

—Sí, es ésta —asintió Barbara—. Tendrías que estar contento, Johnny; así estaremos pronto en marcha.

El muchacho se acercó a la tumba de su padre y contem-

pló brevemente la inscripción antes de sacar la corona de la bolsa de papel.

—Ni siquiera me acuerdo del aspecto que tenía papá —murmuró—. Veinticinco dólares por esa corona, y ni siquiera recuerdo qué cara tenía el tipo.

—Pues yo sí le recuerdo —replicó Barbara, corrigiéndole—, y yo era mucho más pequeña que tú cuando murió.

Ambos contemplaron la corona, que era de plástico e iba adornada con flores también de plástico. En la parte inferior, en una tira de plástico rojo en forma de cinta anudada en un gran lazo, podía leerse la siguiente leyenda: «Seguimos recordándote».

Johnny emitió una risita disimulada.

—Mamá quiere recordar, así que nosotros tenemos que recorrer trescientos kilómetros para colocar una corona en la tumba. Como si él estuviera mirándonos a través del suelo para comprobar la decoración y asegurarse de que es satisfactoria.

—Johnny, sólo son cinco minutos —contestó Barbara con aire furioso.

Se arrodilló ante la tumba y empezó a rezar mientras Johnny asía la corona y, aproximándose a la losa, se ponía en cuclillas y procedía a clavar profundamente en el duro suelo las varillas metálicas que aquélla llevaba en su base.

Una vez hecho esto, se puso en pie otra vez y se sacudió los pantalones como si se los hubiera ensuciado, mientras continuaba sus gruñidos.

—No son sólo cinco minutos. Son tres horas y cinco minutos. No, seis horas y cinco minutos. Tres horas para venir y tres más para regresar. Más las dos horas que hemos pasado dando vueltas para encontrar este maldito lugar.

Barbara interrumpió su plegaria, alzó los ojos y le dirigió una mirada furiosa. El muchacho dejó de hablar.

Johnny fijó la mirada en el suelo, aburrido. Después em-

pezó a impacientarse y se balanceó adelante y atrás con las manos en los bolsillos. Barbara siguió rezando, y a él le pareció que tardaba excesivamente. Se puso a recorrer los alrededores con la mirada, fijándose en las siluetas y sombras que se cernían sobre el cementerio bajo la creciente oscuridad. Debido a ésta, sólo resultaban visibles algunas tumbas, y el camposanto parecía más pequeño de lo que era en realidad. Sólo alcanzaban a verse con claridad las más imponentes. Al mismo tiempo, los sonidos de la noche parecían más fuertes debido a la ausencia de voces humanas. Johnny fijó la mirada en la oscuridad.

A lo lejos, le pareció que se movía una sombra extraña, casi como una figura semioculta que avanzara entre las tumbas.

Probablemente sería el celador o un visitante de última hora, pensó Johnny, al tiempo que dirigía una mirada nerviosa a su reloj.

—Vamos, Barbara. Ya has estado en la iglesia esta mañana —dijo con aire preocupado.

Sin embargo, Barbara no le hizo caso y siguió su plegaria, como si estuviera dispuesta a permanecer allí el mayor tiempo posible sólo para molestarle.

Johnny encendió un cigarrillo, exhaló con gesto ocioso la primera bocanada de humo y volvió a mirar a su alrededor.

Definitivamente, había alguien a lo lejos, moviéndose entre las tumbas. Johnny entrecerró los ojos para ver mejor, pero la oscuridad impedía ya distinguir nada salvo una forma imprecisa que casi siempre quedaba difusa y borrosa entre las siluetas de los árboles y las tumbas en su lento avance por el camposanto.

Johnny se volvió hacia su hermana y empezó a decir algo, pero ella se santiguó y se incorporó, dispuesta para emprender la marcha. Dio media vuelta dándole la espalda a la tumba de su padre y, en silencio, empezaron a alejarse de

ella lentamente. Johnny iba fumando y dándole golpes a las piedras mientras avanzaba.

—Eso de rezar se hace en la iglesia —dijo en tono seco.

—No te iría mal acudir a la iglesia alguna vez —respondió Barbara—. Te estás volviendo un descreído.

—Da igual. El abuelo me dijo que yo estaba condenado al infierno, ¿recuerdas? Mira, ahí es donde una vez aparecí de un salto detrás de vosotros, oculto tras ese árbol. El abuelo se llevó un susto de aúpa, y me dijo: «Vas a ir de cabeza al infierno». —Johnny se echó a reír con aire perverso—: Aquí siempre solías asustarte mucho, ¿recuerdas? Exactamente aquí es donde salté sobre ti desde detrás de ese árbol.

—¡Johnny! —exclamó Barbara, furiosa.

Después sonrió para demostrarle que no le daba miedo, aunque sabía que estaba demasiado oscuro para que su hermano pudiera ver su sonrisa.

—Creo que todavía estás asustada —insistió él—. Creo que te asusta la gente enterrada en esas tumbas. Te asustan los muertos. ¿Qué pasaría si salieran de sus tumbas para perseguirte, Barbara? ¿Qué harías? ¿Echar a correr? ¿O ponerte a rezar?

El muchacho se volvió y la miró de soslayo como si estuviera a punto de abalanzarse sobre ella.

—¡Basta, Johnny!

—Todavía estás asustada.

—¡No!

—¡Estás asustada de los muertos!

—¡Basta, Johnny!

—Están saliendo de sus tumbas, Barbara. ¡Mira, ahí viene uno de ellos!

Señaló hacia la figura encorvada que había estado moviéndose entre las tumbas. El celador, o quienquiera que fuese, se detuvo y pareció mirar en dirección a los muchachos, pero la noche era ya demasiado oscura para poderlo asegurar.

—¡Viene a por ti, Barbara! ¡Es un muerto, y viene a por ti!
—¡Basta, Johnny! ¿No ves que puede oírte? Eres..., eres un tonto.

Pero Johnny se alejó de ella corriendo y se ocultó tras un árbol.

—¡Oh, Johnny, eres un...! —empezó a decir Barbara.

Sin embargo, su nerviosismo le hizo detenerse a media frase y mirar al suelo, mientras la figura que se movía a lo lejos empezaba a acercarse a ella lentamente, dejando claro que sus respectivos caminos iban a cruzarse.

A Barbara le pareció extraño que hubiera alguien más en el cementerio a aquella hora tan intempestiva, aparte de ella y su hermano.

Probablemente sería el pariente de algún difunto, o el celador del camposanto.

Levantó los ojos y sonrió para saludarle.

En ese momento, Johnny, con una carcajada, apareció de detrás del árbol.

Y, de pronto, el hombre asió a Barbara por el cuello y empezó a estrangularla, al tiempo que le desgarraba el vestido. La muchacha intentó echar a correr, ponerse a gritar o luchar contra él. Sin embargo, los poderosos dedos del individuo la dejaron sin respiración, con una agresividad tan inesperada y llena de perversidad que la muchacha quedó semiparalizada de terror.

Johnny llegó corriendo y se lanzó contra el hombre para derribarlo. Los tres cayeron al suelo. Johnny descargó sus puños sobre el individuo mientras Barbara le daba puntapiés y le golpeaba con el bolso. A los pocos instantes, Johnny y el hombre rodaban juntos por el suelo golpeándose mutuamente, mientras Barbara lograba desasirse entre chillidos, luchando por su vida.

Llena de pánico, estuvo a punto de huir a toda prisa del lugar.

El agresor golpeaba, arañaba y parecía clavar sus garras en todas las partes del cuerpo de Johnny. Éste hacía cuanto podía por resistir. Ambos se incorporaron pesadamente mientras mantenían su abrazo mortal. Sin embargo, el agresor era como un animal salvaje, y se debatía luchando con más ferocidad que la mayoría de los hombres, con golpes y patadas e incluso mordiendo las manos y el cuello del muchacho. Desesperadamente, Johnny se asió a él y cayeron de nuevo al suelo, agarrados el uno al otro.

Bajo la oscuridad casi total, el bulto confuso de ambos hombres le pareció a Barbara un único ser que se debatía agitadamente. Tuvo miedo de cuál sería el resultado de la lucha, pues no tenía modo de reconocer quién llevaba ventaja y quién iba a ser el vencedor y el perdedor de la pelea. Casi cedió al deseo que le impulsaba a huir y ponerse a salvo, pero se impuso el ansia de salvar a su hermano, aunque no sabía cómo.

Empezó a dar salvajes gritos de auxilio, los cuales intensificaron el terror que sentía, pues una parte de su mente le decía que no había persona alguna en las cercanías y que nadie podría oír sus gritos.

Los dos hombres tendidos en el suelo rodaban y tratabillaban, asidos el uno al otro y golpeándose mutuamente entre furiosos gemidos animalescos. Por fin, una de las figuras pareció cobrar ventaja y, brevemente recortada contra el cielo oscuro, Barbara vio la silueta de uno de los contendientes, que descargaba sus puños contra la cabeza del otro.

La muchacha encontró una rama caída y la asió entre sus manos, avanzando un par de pasos hacia los dos hombres.

De nuevo el que estaba encima descargó sus puños con un ruido sordo y pesado, tras el cual oyó el crujir de los huesos al quebrarse. Barbara se detuvo donde estaba. La figura situada encima tenía en las manos una piedra de gran tamaño, que utilizaba para aplastar el cráneo de su enemigo.

La luna iluminó el rostro del vencedor y Barbara vio con un escalofrío mortal que no se trataba de Johnny.

La piedra cayó otra vez sobre la cabeza de Johnny mientras Barbara permanecía paralizada de terror. Después, la piedra cayó a tierra y rodó por ella, y Barbara apretó con fuerza la rama del árbol, dispuesta a usarla como garrote, pero el agresor no se levantó, sino que siguió arrodillado sobre el cuerpo inmóvil de Johnny.

Y entonces Barbara oyó unos extraños ruidos como de algo que se desgarrara, pero no alcanzó a ver con claridad lo que el individuo estaba haciendo. El sonido continuó bajo la noche..., algo que se desgarraba..., que se desgarraba..., como si el individuo estuviera arrancando algo del cuerpo inerte de Johnny.

El hombre no parecía preocuparse en absoluto de Barbara. La muchacha notó el latir desbocado de su corazón y permaneció clavada donde estaba, paralizada por el miedo y por el ruido que la envolvía y le absorbía la razón y la cordura. Se hallaba en tal estado de extremo terror que se sentía al borde de la muerte, y no podía quitarse de encima aquel ruido de desgarramiento mientras el agresor se inclinaba sobre el cuerpo de su hermano muerto y tiraba de él y..., ¡sí!, finalmente, bajo la luz de la luna que surgía tras una nube, vio con claridad que el individuo estaba hundiendo sus dientes en el rostro del desgraciado Johnny.

Lentamente, con los ojos muy abiertos, como si estuviera paralizada en una pesadilla, Barbara empezó a avanzar hacia el agresor de su hermano. Abrió los labios y de ellos escapó un involuntario sollozo.

El individuo se volvió hacia ella y la muchacha se inquietó ante el sonido de su respiración, un ruido chirriante, sobrenatural. El hombre pasó sobre el cuerpo de Johnny y se dirigió hacia Barbara en una posición medio encorvada, como un animal a punto de saltar sobre su presa.

Barbara emitió un grito de puro terror capaz de romperle los tímpanos a cualquiera, dejó caer el garrote y echó a correr perseguida por el individuo, que avanzaba tras ella lentamente, al parecer con dificultades para caminar, casi como si estuviera lisiado o cojo.

El individuo siguió avanzando hacia Barbara por entre las tumbas mientras ella, tambaleándose y jadeando, rodaba por el terraplén embarrado y lleno de hierba hasta llegar al coche. Abrió la portezuela de un tirón y oyó los pasos lentos y amortiguados de su perseguidor, que se acercaban más y más. Se metió precipitadamente en el asiento delantero y cerró la portezuela de un golpe.

Las llaves no estaban. Recordó que Johnny las había guardado en su bolsillo.

El agresor se acercaba ahora más de prisa, más desesperado por alcanzar a la muchacha. Barbara se asió al volante como si su solo gesto pudiera poner el coche en movimiento. Rompió en sollozos y, casi demasiado tarde, advirtió que las ventanillas estaban abiertas. Subió frenéticamente los cristales y puso el seguro en las portezuelas.

El individuo sacudió la manija y golpeó la carrocería del coche violentamente.

Barbara se puso a gritar otra vez, pero el hombre parecía sordo a los gritos y no mostraba el menor temor a ser sorprendido o capturado.

El individuo levantó una piedra del suelo y rompió la ventanilla del lado del pasajero en mil pedazos. Otro golpe y la piedra atravesó la ventanilla; un instante después, las manos del hombre asían a Barbara, intentando atraerla hacia sí por el cabello, por el rostro, por los brazos, por todas partes.

La muchacha vio por un instante el rostro de su agresor. Era pálido como la muerte y estaba terriblemente contorsionado, como si fuera presa de un acceso de locura o un insoportable dolor.

Barbara le golpeó en el rostro con el puño. Al mismo tiempo, asió el freno de mano y lo soltó. El coche empezó a deslizarse colina abajo seguido del agresor, que golpeaba y arañaba las manijas intentando mantenerse asido al vehículo.

La pendiente se hacía más empinada y el coche tomó más velocidad. El tipo trastabilló y se vio obligado a trotar tras el coche. Éste aumentó su impulso y el hombre tuvo que soltarse de las manijas, del guardabarros y del parachoques hasta que, dando tumbos, cayó pesadamente al suelo. Liberado del peso, el vehículo tomó más impulso aún. Sin embargo, el tipo se puso en pie otra vez y reemprendió la persecución con aire resuelto, imperturbable, con un caminar lento y bamboleante.

El coche corría ahora colina abajo por un camino empinado y lleno de curvas. Barbara permanecía agarrotada en el asiento del conductor, asida al volante, atemorizada por la oscuridad y la velocidad, pero demasiado asustada para pensar en reducir ésta.

¡Los faros! La muchacha los conectó y sus luces bailaron entre los árboles. Cuando advirtió la pendiente del camino, dio un golpe de volante para evitar estrellarse y el coche avanzó dando tumbos hasta llegar a un punto en que el camino se estrechaba permitiendo el paso de un solo vehículo. Delante de ella, a unos doscientos metros, la pendiente terminaba y el camino empezaba a ascender otra vez.

Al llegar a la subida, el coche aminoró la marcha más y más hasta detenerse tras recorrer unos metros. Barbara miró hacia atrás pero no vio nada de momento. Después, en el borroso perfil del camino, la figura de su perseguidor apareció tras una curva y la muchacha supo que venía tras ella a buena velocidad.

El coche se había detenido por completo en plena subida. Después, con un sobresalto de pánico, Barbara advirtió que

empezaba a deslizarse hacia atrás, llevándola más cerca de su perseguidor, que continuaba avanzando hacia ella. El vehículo iba tomando impulso mientras ella seguía paralizada por el terror.

Por fin, asió el freno de mano y lo aplicó a fondo, aplastándose contra el asiento debido al impulso del coche. Pugló por abrir la portezuela, pero ésta no cedió hasta que la muchacha se acordó de abrir el seguro. Con el individuo cada vez más cerca, consiguió abrirla por fin y saltó fuera del coche.

Echó a correr.

El hombre seguía tras ella, intentando desesperadamente avanzar más aprisa con su paso vacilante y pesado. Barbara corría cuanto le permitían sus piernas por la empinada pendiente del camino de grava. Cayó al suelo. Volvió a levantarse con las rodillas peladas y sangrantes y siguió corriendo con el tipo tras sus pasos.

Llegó hasta la carretera principal, en la cima de la colina. Se quitó los zapatos y pudo correr más rápido sobre el piso de asfalto que sobre la grava. Tenía la esperanza de que pasara algún coche o un vehículo de cualquier tipo que pudiera recogerla. Sin embargo, no había ninguno a la vista. Llegó entonces a un muro bajo de piedra que se alzaba a un lado de la carretera y comprendió que al otro lado del mismo debía de haber una casa. Se encaramó al muro y pensó por un instante en esconderse detrás, pero oyó la extraña respiración y el trabajoso caminar de su perseguidor no muy lejos de ella. Pensó que el hombre no dejaría de mirar tras el muro, pues era un lugar demasiado obvio para esconderse.

Alzó la vista por un instante para orientarse y creyó ver a lo lejos el leve resplandor de una ventana iluminada. Ante la muchacha se abría una extensión de terreno plano con algunos árboles de frondoso ramaje.

Echó a correr hacia la ventana iluminada cruzando el

campo en la oscuridad y dando tumbos entre las irregularidades del terreno, las ramas muertas y las raíces retorcidas.

Llegó primero ante un cobertizo del cual partía un camino polvoriento que llevaba a la casa. Junto al cobertizo, iluminado por una bombilla desnuda plagada de mosquitos y polillas de luz, había dos bombas de gasolina de las que suelen tener los granjeros para llenar los depósitos de sus tractores y demás vehículos. Barbara se detuvo y se ocultó unos instantes tras una de las bombas, hasta que comprendió que la luz del cobertizo la dejaba en una posición demasiado vulnerable.

Cuando se volvió, la luz le indicó que su perseguidor se aproximaba hacia allí con su pesado caminar, avanzando por el campo oscuro lleno de matorrales y árboles de ramas bajas.

Barbara corrió hacia la casa y se puso a pedir auxilio gritando cuanto podía. Sin embargo, no apareció nadie. Nadie salió al porche a ver qué sucedía. La casa siguió silenciosa y fría, salvo por el resplandor de la solitaria ventana iluminada.

La muchacha se apretó contra la pared de la casa, en un rincón en sombras, e intentó echar una mirada por la ventana. Sin embargo, no alcanzó a ver señales de vida. Aparentemente, nadie había oído sus gritos, y nadie iba a salir a ayudarla.

El hombre que acababa de matar a su hermano se acercaba más y más, recortada su silueta bajo el resplandor de la bombilla del cobertizo.

Preso del pánico, la muchacha corrió a la parte posterior de la casa y se ocultó en las sombras de un pequeño porche trasero. Su primer impulso fue gritar de nuevo en petición de auxilio, pero consiguió mantenerse callada en un intento de no traicionar su escondite. Oyó sus propios jadeos, advirtió que producía mucho ruido al respirar e intentó conte-

ner la respiración. Silencio..., ruidos nocturnos... y el sonido del furioso galope de su corazón... Sin embargo, eso no le impidió oír cómo la carrera de su perseguidor se convertía en un trote... y luego en un caminar lento y cuidadoso. Finalmente, los pasos se detuvieron.

Barbara echó una rápida mirada a su alrededor. Vio una ventana trasera cerca de su escondite y miró por ella, pero el interior estaba totalmente a oscuras. El ruido de las pisadas de su perseguidor se reanudó, esta vez más intenso y ominoso. La muchacha se acurrucó contra la puerta trasera de la casa y su mano fue a posarse en el picaporte. Lo observó, convencida de que estaría cerrado, pero lo asió y, al moverlo, la puerta se abrió.